

# Los de la Biblioteca

## Una crónica de hace 70 años

¿Ha cambiado Ciudad Real en los últimos setenta años? Evidentemente, sí. Ahora hay un reparto más correcto de la riqueza, aunque no justo; hay unos medios de comunicación que han permitido a la ciudad conectar de una forma directa y rápida con formas culturales y modos de comportamiento que han supuesto una bocanada de aire fresco. No hay analfabetismo. Pero las estructuras sociales básicas o su actitud cultural, ¿han avanzado?. Ofrecemos aquí una crónica de la ciudad correspondiente al año 1913, escrita por el periodista Issac Antonio (director entonces de El Pueblo Manchego y de Vida Manchega), que tiene un interesante valor documental comparativo.

La biblioteca del Casino, como el comercio H ó como la taberna B, también tiene sus parroquianos fijos; un día, y otro, y otro más, todos los días, los parroquianos de la biblioteca del Casino son los mismos. Así no es extraño que nos los aprendamos de memoria, conociéndoles por el más insignificante detalle de sus costumbres, de sus padecimientos, ó de sus vicios. A Fulano lo adivinamos antes de entrar en la biblioteca porque sus botas, de escaso tacón apenas se oyen cuando pisa. A Mengano porque taconeaba fuerte como si pretendiera -y tal vez lo pretendía- dejarse oír de todos. A Perengano porque padece reuma o gota, y esos padecimientos le hacen rastrear los pies. O porque su carraspera crónica lo delata. O porque, con mucho empaque hace como que tose, sin tener tos, para hacer constar su presencia, que a nadie puede interesar.

Hay quien visita todos los días la biblioteca varias veces, y que ninguna de esas veces lee; pero en cambio tose, o taconeaba, o revuelve periódicos. También hay algún otro que, con sus múltiples peticiones: de libros, de revistas, de colecciones viejas, de fajos, de goma, de lacre, etc., etc., etc., - muchos e éteras- desde que empieza el día hasta que acaba trae a mal traer al bibliotecario, no dejándole ni un solo momento de descanso.

Se oyen unos pasos débiles, sordos, como de botas sin tacón. Se abre una de las puertas de la mampara de la biblioteca, y bajo un sombrero hongo, incoloro, cubierto de polvo aparece la enorme cabeza del parroquiano asíduo. Es un intelectual. ¿Recordáis al lírico noctámbulo? Nuestro amigo adelanta el tronco, como si intentara dejar las piernas a la puerta, o sintiendo acaso timidez e indecisión, y al poco, vencido el cuerpo por el desequilibrio, avanza todo él en derechura al bibliotecario, enfundado en su abrigo oscuro, ribeteado de amarillo, salpicado de otros colores más, las manos escondidas en las mangas, solo para dejar al aire las extremidades de los dedos.

Nuestro amigo ha pedido al bibliotecario dieciocho volúmenes, y mientras el empleado danza de un lado para otro, en busca de aquéllos, él arrastra una silla,

tropieza con un cacharro-escupidera, derrriba unos periódicos, y sin quitarse el abrigo, aunque asfixie el calor, hunde las manos en los forros de los bolsillos de esa prenda y va sacando de entre ellos -de entre los forros- un sobre roto, un programa de teatro, un trozo de otro papel con manchas y algunos más por el estilo; los desarruga un poco; se equilibra unas mijas el hongo incoloro, hasta hacer que se encasquete en sus martirizadas orejas; se aparta de los labios, con el puño cerrado, el lacio bigote enormísimo, y sin arreglarse la corbata, cuyo lazo desaliñado danza a su albedrío enredador del cuello de la camisa sin planchar, en forma de pajarita deformada, su diestra a modo de garra, con uñas que aparecen de luto, coge una pluma y empieza a tomar una nota de este libro y otra de aquél, y otra y otra de todos los otros libros, hundida su enorme nariz en las cuartillas; encogidas las piernas como si fuese a adentrárselas en el estómago o como si le atormentara un agudo dolor.

Y acaece, que a este buen amigo nuestro, parroquiano asíduo de la biblioteca, pesadilla del bibliotecario, se aprende cuanto lee y cuanto lee copia. Así se explica que lo mismo recita, si se lo suplicáis, un discurso de Castela que unos versos de López Silva.

De todos los locales de un casino, -sala de tresillo, sala de tertulia, sala de dominó- el local biblioteca es el menos frecuentado. Los aficionados a perder el tiempo, de una u otra forma, jugando o charlando, son muchos; muy pocos los que saben aprovecharlo. Hay quien asegura que se le hincha la cabeza cuando lee. Acaso sea cierto. Nosotros no diremos que se nos hinche la cabeza ante un problema de ajedrez, pero sí que nos amagan síntomas de congestión. La falta de costumbre, tal vez.

Si hace buen tiempo, la biblioteca se halla casi desierta a todas horas. Suele verse más frecuentada en las destinadas al paseo, cuando los días son fríos y lluviosos. Y ocurre, que hay individuo que está leyendo la historia de la revolución francesa hace dos años, y va ahora por el tercer capítulo.

Ocúrrenos con frecuencia, que al llegar a la biblioteca en busca de un periódico, con el propósito de hojearlo a la ligera, uno de esos que van por casualidad, o porque no pueden ir a otra parte a causa de la lluvia o del frío, está muy "aplastado" leyendo el artículo de fondo, damos una vuelta y un cuarto de hora después, calculando que sea suficiente para leer un rotativo, volvemos y el lector va por la tercera columna, quizás curioseando la crónica; otra vueltecita, y otro cuarto de hora más tarde lo encontramos por la segunda página; nos decidimos a leer cualquier cosa, mientras el lector repasa las noticias, la sección de sucesos, los reclamos, los anuncios, hasta el pie de imprenta. Y cuando deja el periódico, a la hora y media de haberlo tomado, dice que la Prensa de hoy no trae cosa alguna de interés...

Otras veces, también en esos días fríos y lluviosos, pedimos nuestro libro, el que comenzamos a leer el día anterior, y nos hace saber el bibliotecario que

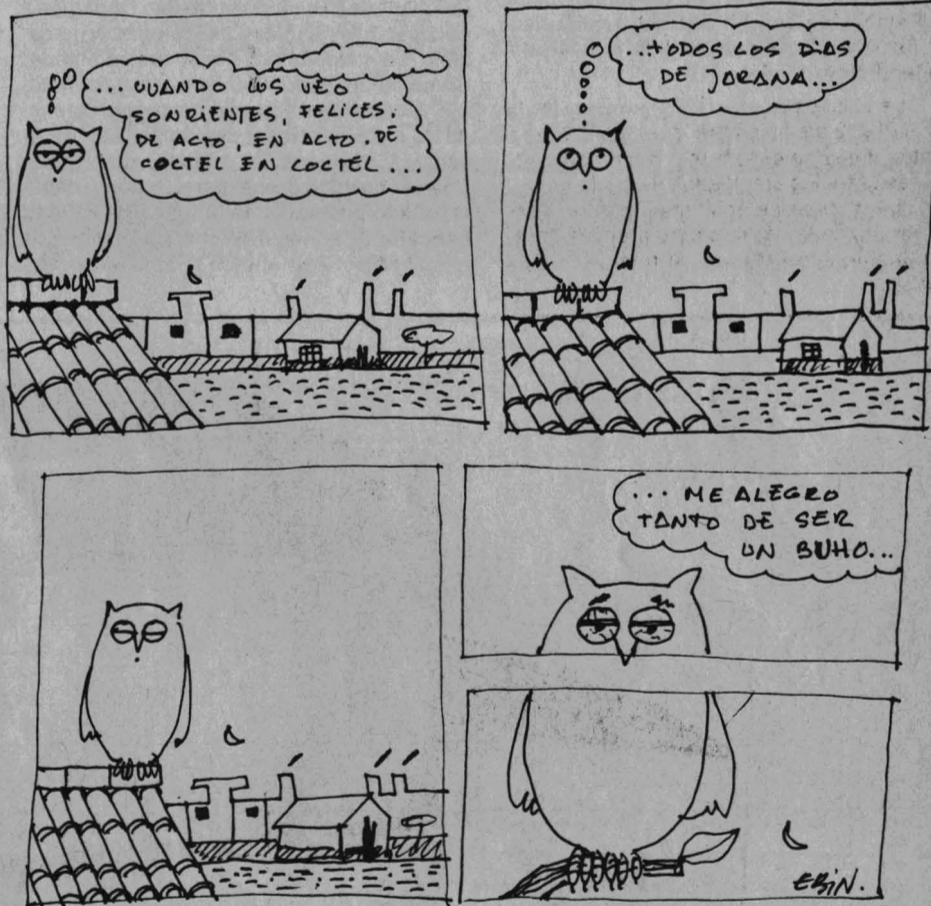
aquel señor del pupitre, que mueve los labios y las quijadas se ha adelantado en la petición. Argüimos que no debió facilitárselo hasta luego de haber terminado nosotros, pero nos replica que el de los labios y las quijadas en funciones, lo está leyendo desde el año pasado.

Al fin vemos que no es posible lograr el libro, ni menos el periódico, porque ya lo tiene otro lector; pedimos un nuevo volumen, y entonces, dos de los que buscan la manera de matar el tiempo interrumpen su lectura para hacer comentarios, en voz alta, de cómo escriben los literatos de ahora y cómo escribían los de antaño.

Y abandonamos la biblioteca, a buen paso, convencidos de que estos días lluviosos y de frío no se puede leer.

Entonces hacemos votos porque vuelva el buen tiempo, aunque en la biblioteca del casino -tan justamente elogiada por los extraños-, hayamos de vernos sólo unos cuantos.

El BUHO por EBIN



## Bar - Restaurante MARTIN PERALBILLO

### Un Restaurante completo

- : ACOGEDORA «BARRA»
- : SALON-COMEDOR CONFORTABLE
- : AMPLIA TERRAZA para los días soleados
- : GRAN COCINA

Comidas - Meriendas - Cenas

Dirección:

JOSE EDUARDO LOPEZ MUÑOZ



HERMANOS SANCHEZ BONALES



Avda. 1.º de Mayo  
Teléf. 41 21 77

PUERTOLLANO

Pza. de Viacrucis, 14  
Teléf. 42 18 23